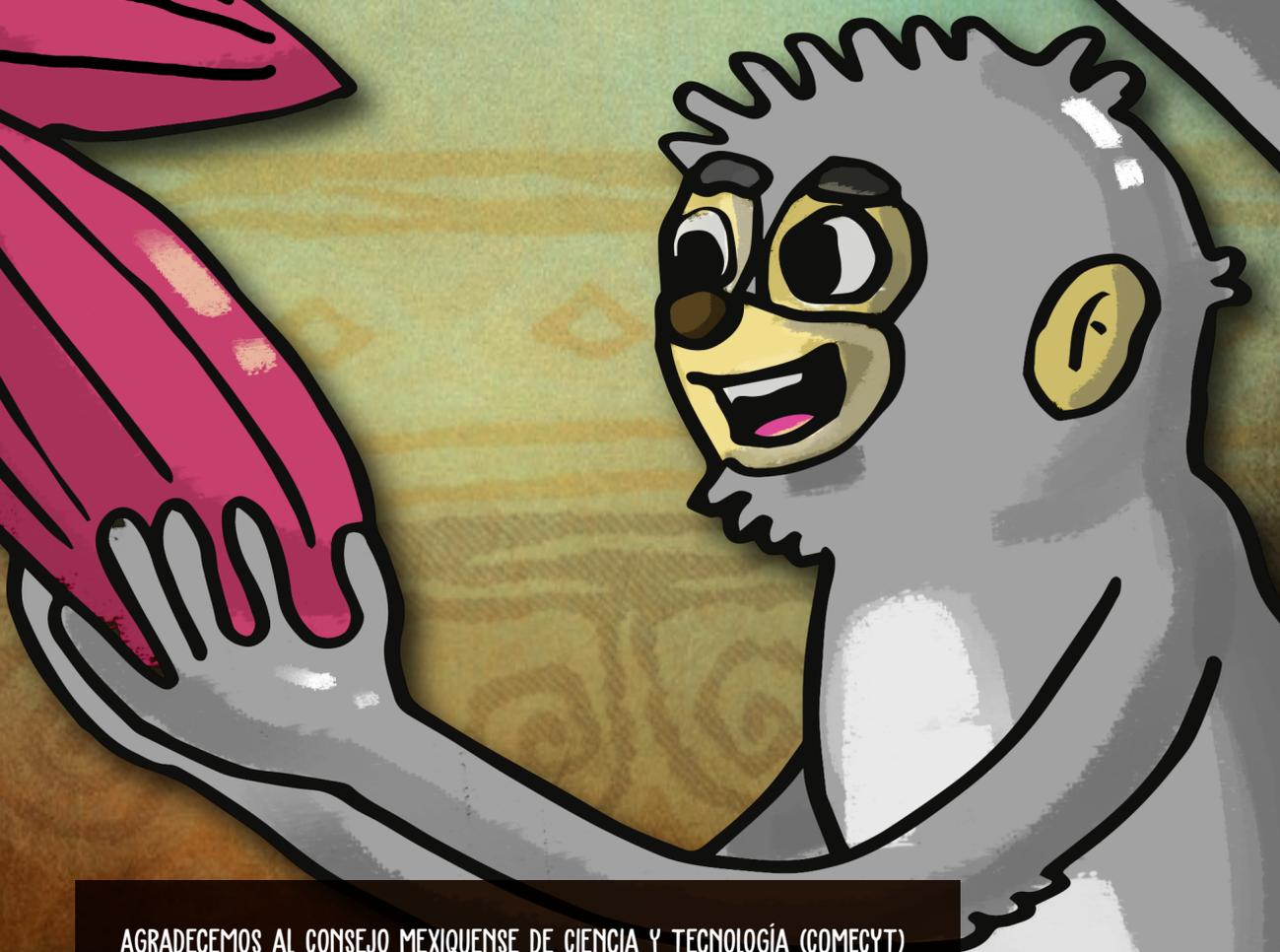


Chokola'k

DANIELA MAYA SOTO
Y MARCELINO CASTILLO NECHAR

ILUSTRACIONES: RODRIGO PEDROZA GARCÍA



AGRADECEMOS AL CONSEJO MEXIQUENSE DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA (COMECYT)
POR SU APOYO Y PATROCINIO PARA LA ELABORACIÓN DE ESTE CUENTO.

Había una vez, en una selva muy lejana, un árbol de belleza majestuosa. Se dice que el dios de la Flor, Ahaw Nik, le dio a un quetzal el primer fruto de cacao para que lo plantara en la parte más misteriosa y oculta de la selva.

El quetzal, un ave de brillante plumaje verde y rojo, recibió con mucho cuidado el fruto del cacao y voló hasta la parte más profunda de la selva. Allí, encontró un lugar muy especial y plantó la semilla del cacao con mucha devoción. Se aseguró de cubrirla con suaves capas de hojas y tierra fértil, que la protegerían y asegurarían su crecimiento.

Ahaw Nik estaba seguro de que los animales, guiados por su intuición y conexión con la naturaleza, encontrarían la forma de aprovechar sus frutos para el beneficio de todos.

Después de algunas lunas, el cacaotero comenzó a crecer lentamente. Sus raíces se fortalecieron y se entrelazaron con la tierra. Sus ramas se alzaron hacia el cielo como brazos abiertos, llenándose de hojas. Algunas eran de un verde jade intenso, mientras que otras hojas tenían matices dorados, y el resto eran color café y rojizas.

Su tronco se vistió con una deslumbrante y divina decoración de racimos de diminutas flores en forma de estrella. Estas flores venían en una variedad de tonalidades como el rosa, el púrpura y el blanco, creando una vista espectacular.

Llegó el día tan esperado, el árbol del cacao dio sus primeros frutos. Eran unas vainas de color escarlata que guardaban en su interior semillas mágicas. Los animales de la selva se llenaron de asombro al presenciar la maravillosa transformación del árbol. Era como si la naturaleza misma hubiera depositado su encanto en aquellos frutos.

Cerca de ahí vivía un pequeño mono llamado Ek Chuah, a quien le fascinaba explorar y jugar en la selva. Un día, Ek, como también le decían sus amigos, estaba contemplando el cacaotero, cuando notó que uno de sus frutos cayó al suelo y se partió a la mitad.

Ek se acercó a investigar y vio que al interior del fruto había pequeñas semillas coloradas de forma ovalada.





Quedó tan intrigado que decidió llevarlas a su casa para ver qué podía hacer con ellas:

— ¿Qué será ese fruto? Es tan bonito. Lo llevaré a casa y le preguntaré a mamá.

Cuando llegó a su casa, le mostró las semillas a su mamá

— ¡Mira mamá, lo que me he encontrado! ¿Tú sabes para qué sirven?
Su mamá le contestó:

— Hmm, no lo sé Ek, pero no te preocupes, podríamos preguntarle al sabio quetzal. Él tiene conocimientos profundos sobre las plantas y los animales de nuestra selva.

Se sabía que el quetzal había ayudado a los dioses a plantar cada uno de los árboles, flores y plantas que habitaba la selva. Así que juntos emprendieron el camino para verlo.

— Querido quetzal, hemos encontrado este fruto y estamos intrigados. ¿Podrías contarnos más sobre él?
— dijeron emocionados.

El quetzal, con calma y paciencia, comenzó a relatar la historia del cacao y su importancia en la selva.

— El cacao es un regalo de los dioses, capaz de deleitar los corazones y enriquecer nuestras vidas. Es el símbolo de la abundancia y la armonía en nuestra selva. Este fruto tiene el potencial de convertirse en una bebida sin igual. Sin embargo, la receta completa es un tesoro que debe ser descubierto por ustedes, en un viaje de exploración y aprendizaje — explicó el quetzal.

Ek se emocionó muchísimo.

— ¡Wow! Mamá ¿Podemos prepararla juntos? — le preguntó a su mamá.

— ¡Claro! — respondió ella

— Gracias, querido quetzal —dijo Ek con una sonrisa.

—Nos llevamos con nosotros tus palabras y seguiremos el llamado del cacao — añadió su mamá.

De regreso a casa, Ek y su mamá lavaron cuidadosamente las semillas y las colocaron al sol para que se secaran. Después, las tostaron con delicadeza en una fogata y las molieron en una piedra hasta obtener una pasta suave y fragante. Con cautela, colocaron la pasta en un tecomate, añadieron un poco de agua y probaron un sorbo.

Algunos animales se acercaron cautivados por el irresistible y delicioso aroma que emanaba. Ek y su mamá, al notar a las inesperadas visitas, decidieron compartir con ellos un poco de la bebida. Sin embargo, aunque su sabor era bastante agradable, sentían que algo le hacía falta.

— ¿Qué será lo que hace falta? —dijo la mamá de Ek.

Entonces el jaguar, con su elegante pelaje manchado y sus penetrantes ojos esmeralda, sugirió añadir más cosas. Así que el resto de los animales emprendieron una búsqueda para encontrar otros ingredientes que enriquecieran la bebida.

Siguiendo su instinto, el jaguar se adentró aún más en la selva hasta que encontró un hermoso arbusto de tiernas flores blancas. Entre sus ramas, descubrió las largas y fragantes vainas de vainilla. Con su hocico curioso, olfateó las vainas y se llenó de asombro. Sabía que había encontrado algo asombroso, algo que podría complementar perfectamente el sabor del cacao.

Mientras volaba entre los densos árboles de la selva, el tucán observó desde las alturas un arbusto cubierto de chiles de colores vibrantes. Con su pico habilidoso, arrancó un pequeño pedazo y lo degustó. El picante se apoderó de su paladar, pero también sintió una explosión de sabores que le encantó. Entonces el tucán tuvo en mente una idea audaz: combinar el sabor magnífico del cacao con el toque picante de los chiles.

Por su parte, la mariposa, conocida por sus hermosas alas naranja y su gracia al volar, descubrió entre la exuberante vegetación un pequeño árbol con frutos sumamente llamativos. Era el achiote, una especia





ancestral que poseía un poderoso colorante capaz de teñir de un ardiente tono carmesí.

Por último, una pequeña abeja, conocida por su habilidad para recolectar el néctar de las flores y transformarlo en deliciosa miel dorada, sintió en su corazón el deseo de compartirla con los demás animales. Sabía que la dulzura de la miel podía llevar alegría a las vidas de aquellos que la probaran.

Con gran entusiasmo, Ek y su mamá mezclaron todos los ingredientes. Al probar la bebida, todos quedaron extasiados por su extraordinario sabor. El acogedor aroma de la vainilla se mezclaba armoniosamente con el picante sutil de los chiles, creando una experiencia de sabores increíblemente placentera. El toque de achiote le otorgaba un aspecto atractivo, mientras que la miel endulzaba cada sorbo.

Los animales se miraron con regocijo y satisfacción, reconociendo que habían creado algo sorprendente.

— ¡Esto es lo más delicioso que he probado, gracias a todos! —dijo el pequeño monito que estaba muy emocionado y conmovido.

Todos coincidieron con Ek y mientras lo seguían degustando, decidieron bautizar a esta delicia como "kakawa", un nombre que resonaba con magia y encanto.

A lo lejos se encontraban Ahaw Nik y el quetzal observando con mucho orgullo como los animales habían honrado y aprovechado el cacao de una manera tan armoniosa.

—¡Han logrado algo maravilloso! —, exclamó el quetzal lleno de gozo.

—Descubrieron el secreto del cacao. Estoy asombrado por su dedicación y creatividad —contestó Ahaw Nik.

Cada vez que se reunían para preparar la bebida, una sensación de felicidad y compañerismo llenaba el aire. Ese momento tan especial se le conoció como "Chokola'k", que en su idioma significaba "beber cacao juntos". Desde entonces, Chokola'k se convirtió en una tradición sagrada para ellos, un momento para festejar la amistad.

Así fue como el árbol sagrado del cacao prosperó en el corazón de la selva, en un lugar de encuentro y celebración. Todos aprendieron a velar por él, protegiéndolo de todo peligro y asegurándose de que sus frutos crecieran en abundancia y prosperidad.

Hasta nuestros días, el cacaotero sigue floreciendo, brindando su mágico fruto para alegría de todos los que lo rodean. Su presencia en la selva sigue siendo un recordatorio de la importancia de valorar y proteger la diversidad y perfección de la naturaleza, así como de honrar los regalos que nos ofrece.

Fin

